El *logos* de Homero.
Sentir y pensar en el ritmo hyperbóreo

Carlos Disandro
Argentina

I

La cercanía de un bicentenario notablemente decisivo en la Filología Clásica, la publicación de los *Prolegomena ad Homerum* (1795), nos proporciona el punto de partida epocal de una reflexión comprensiva. Estos dos siglos tormentosos (1795-1995), tras el pórtico erigido por F.A. Wolf [1], son paradójicamente de una gran fecundidad que desemboca en un desvío estéril, o en una estagnación abrumadora, en el contenido espiritual de una ciencia de los textos, en que esplendió y esplende la lumbre hyperbórea, el reino de la Musa, el reino de *hymnéin* y del *nous*.

La obra de Wolf contiene dos aspectos que me place destacar: el *contenido epocal crítico* (fin del siglo XVIII, primeros decenios del siglo XIX); la *conmoción* de un filólogo en el alumbramiento de una tesis, que

1 Seguimos *Prolegomena ad Homerum*, sive de operum homericorum prisca et genuina forma variisque mutationibus et probabili ratione emendandi. Scripsit Friedrich August Wolfius. Editio secunda cum notis ineditis Immanuelis Bekkeri. Berolini 1876. Apud Calvary eiusque socium, 179 pág. [Cf. W. KROLL, *Historia de la Filología Clásica*. Edición Labor, Barcelona, 1928, pág. 146 y ss. Y en visión más moderna, cf. Gaetano RIGHI, *Historia de la filología Clásica* Ed. Labor, Barcelona, 1967, pág. 173 y ss.]. Véase además para otros pormenores de la *Geistesgeschichte* que comporta F.A. Wolf, la obra de Hermann HETTNER, *Literaturgeschichte der Goethezeit*, Verlag beck, Munchen, 1970, II Abteilung, 5 Kapitel, pág. 534 y ss. Pero ya Goethe en su juvenil *Werther* había reconquistado a Homero, aedo incomparable. Cf. Libro I, apuntes del 26 de mayo de 1774. Este tema, el vínculo entre Goethe, Homero y las corrientes de la Filología Clásica griega germánica, merecería una reconsideración exhaustiva que dejo para otra ocasión. Véase Hermann GRIMM, *Vida de Goethe*, Ed. Grijalbo, México 1959, pág. 89 y ss.
Aclaro que debo el ejemplar de Wolf, en la edición (2ª.) mencionada, a mi docto e ilustre amigo chileno, el Prof. Dr. Héctor Herrera Cajas, con quien a veces hemos desentrañado algunos pormenores de la filología Clásica, para provecho de quien esto escribe.

no ha perdido el carácter de *momen* incitante, aunque debamos corregir su carácter absoluto. El segundo aspecto aquí denotado provoca, en la misma prosa latina, germánica, del ilustre helenista, una fluencia discontinua del pensamiento y del lenguaje académico: sólo me limito a señalar este aparejo estilístico, signo para mí de un fervor irrestricto –pese a las riendas del latín científico *ad usum magistrorum*–, fervor que contiende con un racionalismo analítico destructivo. Imitando a Fausto, Wolf podría exclamar: *zwei Seelen wohnen ach in meiner Brust*, "dos almas están en mi pecho".

Tales dimensiones acontecen en su espacio epocal. En el nuestro (fin de una centuria y de un milenio) los *Prolegomena*, en cambio, nos incitan a volver a Homero según lo que llamé *momen* o conmoción del filólogo germánico frente al texto griego. Nos requieren un saber más depurado y un trasiego diferente, que sería menester considerar en tres perspectivas de la filología. Una de ellas es propiamente la nuestra, según entiendo.

La primera sería la de la filología escolíastica y/o alejandrina, por darle un título fácilmente comprensible. La segunda comportaría la filología crítica, reconstructiva, fixista, arqueológica, propia del siglo XIX, caso Wolf, Boeckh, Lachmann, etc. Acoto que América no ha vivido ni una ni otra, en particular respecto del espacio espiritual de los textos griegos. Y es una impericia de navegación pretender que las jóvenes generaciones americanas dirijan su velamen hacia esa dirección. Es inútil sobrecargar la memoria crítica, sobrecarga de muerte que abruma en los estudios clásicos de nuestra América imperita y sedienta de lumbre que es Vida, y vida que es Pensar. Esa memoria crítica es pues incapaz, impotente para suscitar la Vida concipiente. No tenemos otro camino que retornar al puerto del texto mismo y hacer la "experientia litterarum" *per se*, –no lo que se ha dicho sobre Homero, sino Homero–; al *logos*, al *sensus* viviente de Homero, sepultado bajo esa inmensa hojarasca, como el Odiseo en la ribera feacia.

Se abre así la tercera navegación de la filología, que llamaré por comodidad "filología semántica" de inhabitacion en el *logos* y/o *sensus* de Homero. Y esto sí puede acontecer en América, y en el marco, por cierto, de algunos recaudos disciplinarios y lingüísticos.

A propósito de los *Prolegomena* famosos, distinguiría pues entre filología escoliástica, filología fixista y filología semántica. Rindo así homenaje al espíritu de Wolf, pero antes que al filólogo crítico, al poeta Homero, originario y originante, que no necesita de la filología para ser lo que es. En la perspectiva de una filología semántica propongo esta interpretación del *logos* de Homero.

II

El *logos* de Homero es cósmico, physico, lingüístico-semántico. Por lo mismo contacta con la luz, el aire y el son; reasumiendo todos los ciclos de la *physis*, y trocándolos en ciclos de un *sensus* inabolible, reactualiza en la existencia semántica la virtud de la lumbre hyperbórea.

Por la luz es hyperbóreo, por el aire es concentración y dilatación lyrica, como el *atmen* rilkeano.

Sin embargo, si indagamos los constitutivos de tal *logos* deducimos que empeña y trasiega al mismo tiempo *rythmós, tropé, diathigé*. Explicaré estos constitutivos y connotaciones según su esencia y su historicidad, o sea, según los valores physicos absolutos, y según su expresión histórico-epocal del griego originario[2]. Renovaremos de este modo la comprensión milenaria del poeta en un tramo finisecular que lo sepulta en libros, *papers*, herramientas hermenéuticas, vocabularios y restricciones mentales. Pues la existencia más densa es la del poeta, no la del crítico, lingüista y hermeneuta. Más, el poeta concede la existencia de un hombre histórico, transido por la inhabilitación del *logos* homérico, como he explorado en otros trabajos. Es Homero el fundamento de Atenas y Pericles, de Sófocles y Platón, de Tucídides y Plutarco. Un modo de decir, desde luego, pero resulta un astrolabio en este nuevo horizonte filológico que debemos enfrentar, concebir y navegar. No podemos ser Wolf, ni Bérard, ni Chantraine; debemos ser *más*, en el sentido preciso de acercarnos a la esencia physico-lingüístico-semántica del poeta.

Una última aclaración se impone: distinguimos la vía de un *noéin* que cumple su destino en forma desligada del plano physico-lingüístico –caso Heidegger y su *lectio* del poema de Hölderlin *Griechenland*: la meditación del filósofo como Bellerophonte en los espacios siderales–, y deja un sentimiento de abismación. Por otra parte, está la comprensión del *logos* lyrico como existencia no abismada en el *nous*, independiente de él, que se alimenta, como un fuego, de su propia *ousía*. La primera vía nos libera del método cartesiano, positivista o meramente empirista. La segunda vía nos da acceso al banquete hyperbóreo cuyo *hymnéin* es fundamento del orbe griego. Es eso lo griego, lo viviente y perdurante, lo inabolible y fecundo.

Hechas estas distinciones, muy someras y meramente indicativas, volvamos a los constitutivos del *logos* de Homero. Cancelamos los pesados

2 Sobre este vocabulario y otros pormenores, sobre todo en relación con la problemática "semántica y espacio", Cf. mi *Filosofía y Poesía en el pensar griego*, Ed. Hostería Volante, La Plata, 1973, Cap. I y IV, en especial págs. 292-298 y 299-302, etc.

volúmenes hermenéuticos, ponemos bajo llave los innumerables *papers* de la industria filológica, damos al fuego la increíble cerrazón de un racionalismo crítico que ha sido para América la infecundidad, el desvarío, la desinteligencia de la vida.

Dije, pues, que considero en este logos *rythmós, tropé, diathigé*, en cuya semántica articulan precisamente *physis* y *logos*. *Physis* es emersión y crecimiento, o génesis, *incrementum, kerdos* existencial. *Logos* es manifestación plurivalente y constelada, tectónica finita; es *diakósmesis*, asimismo dispensación sonora y sensitiva. En fin, es lumbre generativa en la semántica, que se expande y descosifica. El logos *prophorikós* de Homero articula pues génesis y tectónica histórico-cósmica, incardinada en una lengua histórica, que trasiega de alguna manera la fulguración de la lengua proto-hyperbórea. Pero no podría expresarla –la compleja articulación, digo- si no operaran en el griego concreto del aedo, en el hexámetro concreto, en la imagen perfilada por la semántica, los tres constitutivos generalísimos que enumeré.

Se trata pues de una semántica physica, concreta según una historia lingüístico-rítmica, concreta también, contra la que se han enfrentado, sin mayor éxito, los gramáticos comparatistas, desde F. Bopp en adelante. De esta crisis emerge el estructuralismo, con sus diversas tendencias y escuelas, que en el caso de Homero resuelven mucho menos que las concepciones de Wolf. Lo que implica decir que Homero sigue siendo continente inexplorado, fenómeno no inteligido por el *nous* histórico, hondura inasumida por esta relación misteriosa entre *physis* y *semántica*. No me propongo, vale la pena aclararlo, desentrañar una tesitura crítica respecto de los caminos filológicos transitados en el siglo XIX, supuestamente superiores a los de F.A. Wolf y sus *Prolegomena* famosos. Intento explorar las categorías fundantes del *logos* homérico, sin pretensiones absurdas de replegar a nadie y a nada, ni de cuestionar la noble tarea de mis maestros, los filólogos más ilustres de la constelación clásica. Sin embargo, en los últimos decenios posteriores a la 1ra. y 2da. Guerras Mundiales se insinúa un malestar, diversamente asumido por esos mismos filólogos e historiadores, como puede comprobarse en los dos volúmenes de *Das Neue Bild der Antike*[3].

3 Cf. *Das Neue Bild der Antike* (dos volúmenes), Leipzig, Koehler und Amelang, 1942. I Band págs. 31-90 y 91-108. I Band comprende el área griega; II Band el área latina. No necesito subrayar el signo inmanente de la fecha. Algún graduado chileno podría reexaminar la estructura de ambos volúmenes.

El pulso del *logos* homérico tiene o exhibe una sinuosa curva, más semejante al *logos* de Heráclito que al de Parménides. Y esta afirmación comporta paradoja y combinatorias sorprendentes, en tanto este pulso del aedo es pulso del *mythos*, y el *logos* del Efesio es siempre contradicción del *Zufall*. Y es muy probable perfilar en esas dos instancias generalísimas -pulso del *mythos* y contradicción del *Zufall*– las dos vías reales de la semántica griega, adscriptas, una a la diacronía del hexámetro, la otra a la emersión de la prosa como inmersión del *noéin* que se inserta en el *Zufall* y lo expresa estilísticamente. Del *logos* de Homero procede Parménides. ¿Pero cuáles son las pulsiones que construyen la prosa en el Oriente jónico? ¿Hay alguna respuesta a este enigma desde E. Norden (1898) al presente? El ritmo *katastásico* del hexámetro es *arquetípico* y *oikístico*, como la luz hyperbórea. La fluencia plurivalente de la prosa es difusiva y contrastante, pese a Anaxágoras y Tucídides. Entre estos límites histórico-semánticos debemos repensar el *logos* de Homero, desentrañar su valor redintegrativo en los horizontes del orbe griego, su trasiego al evangelio *agapístico*, máxima tensión del griego universal, desconocida en América. Estos parámetros no excluyen nada, ni limitan ninguna visión capaz de prolongar la vivencia de la Tradición Clásica.

III

El ritmo es un *holon* inescindible. Sus particiones o compases, resonancias del fraseo en el oído; sus perfiles y/o transferencias de ese *holon* a la visión no lo agotan ni lo envejecen. Sus momentos aédicos representan la tectónica de la *physis* en el campo mayor de la luz y el cosmos. Y en este sentido damos la razón al viejo Wolf: Homero es independiente de la escritura, en un triple sentido: 1) trocar el oído en visión de un signo; 2) proceder a transferir totalidades tectónicas, mayores o menores, incluyentes o incluidas; 3) finalmente componer según ritmos partitivos e íntegros, por las configuraciones obtenidas, un universo *holístico* no sometido al *sensus* de cada parte[4]. Puede haber existido la escritura en los lapsos homéricos originarios, pero esa coyuntura histórico-semántica no aduce valor originante. Es inútil la discusión entablada con variables recursos desde 1795 hasta hoy, pues en cualquier caso la lyrica de Homero es función de luz y son; es, en mi vocabulario, hyperbórea. El período de fijación escrita (siglos VIII-VII a.C.) no contiene nada decisivo para la entraña del *logos*. Exhibe también razón Wolf, o al menos cierta intuición sobre los *dijecta membra poematum*, pero los caminos reconstructivos

4 Cf. mi trabajo *Homero y la Filosofía Clásica* en el volumen *Filología y Teología*, Ed. Horizontes del Gral, Buenos Aires, 1973, pág. 17-36. La "nueva imagen de la antigüedad" requiere una relectura de Homero en el horizonte de la Filología Semántica.

que han de conducir al método de Lachmann (entre otros) se perderán cada vez más en la confusión de ritmo y cantidad. Una sana reasunción *holística* veo en los trabajos de V. Bérard, aunque los *homerologoi* no le hayan otorgado toda la consideración pertinente. En resumen, el eximio germano medita la condición intrínseca del oído, aunque lamentablemente su itinerario, el de Wolf, lo llevó por aledaños contradictorios y oscuros. Un caso más reciente de sonancia integradora se exhibe, como dije en los trabajos sobre la *Odisea* de V. Bérard. Y aquí se puede admitir que el notable filólogo francés recupera una vigencia crítica de los "momentos" homéricos en el sentido musical de los fraseos aédicos, no siempre bien calibrados por la tradición alejandrina. Sin embargo para Bérard no existe un *holon* homérico superior por el *sensus* semántico del ritmo. No es ésta, en ninguna forma, una crítica al ilustre helenista francés, por quien siento una admiración sincera y entrañable. Muchos helenistas americanos –si es que existe esta categoría– debieran estudiarlo en seminarios de jóvenes, para enseñarles "la vigencia de la poesía homérica" como inhabitación del cosmos en el alma.

Entre Wolf y Bérard es vasta la trayectoria crítica. Pero ésta no anula, por insigne que sea, la existencia rítmica de Homero. Volvemos pues al ritmo como *holon* inescindible, para desentrañar su potencia manifestante, tectónica (*logos*). Es éste el tema, mantenido en la oscuridad, el desvarío, la simple repulsa por la ausencia de inteligencia sutil en el campo del lenguaje griego. Pero no puede sobrevivir ya la Filología clásica por el mero acto repetitivo de un paisaje sobremanera conocido, de planteos inasimilables por una ciencia semántica. La pregunta sería, pues: ¿cuál es la semántica de Homero para este universo cambiante de la cultura? Por esto he sugerido que en cierto modo retornemos al linde de 1795. Alguien consagrará unos ***Prolegomena ad semanticam Homericam***, donde estarán reabiertas las cuestiones fundamentales de la lengua y cultura griegas. Y no podrá escapar a esos "prolegómenos" el decisivo acto physico combinatorio de luz, son y palabra (*lux, sonus, sensus*), ni tampoco la coordenada de transfiguración semántica que entraña esta empiría del lenguaje. Sobre esta constancia originaria, erígese la poesía rapsódica de Homero. No es un acto de pensamiento (*noéin*), pero es fundamental, y sobre todo fundante del *noéin* helénico, que sin el espacio semántico de Homero no hubiera podido advenir en la *physis*. No buscamos el *noéin*, sino el ritmo que lo genera, plasma y configura. Y en definitiva éste es, para nosotros, el enigma del texto milenario, y en cambio fue el mysterio deslumbrante para los audientes del vasto mundo griego en los siglos originarios. Y aunque Wolf no lo plantea de este modo, su intuición crítica descansa en esta paradoja, difícilmente aceptable para un racionalista del siglo XVIII: primero es la diacronía rítmica del son, luego la implementación interna de las

imágenes rítmicas, luego la composición como parámetro lingüístico, y en fin la secuencia rapsódica, fundamento del texto transcripto. Sin embargo, la dificultad para la filología racionalista-analítica, positivista, fixista, radica en no poder postular un universo sonoro que se sostiene por sus propios parámetros; como si dijéramos que existe un universo estelar sonoro, semántica recóndita para toda la *physis* tectónica, constelada, y para todas las especulaciones proferidas y congruentes en las develaciones pitagóricas. Disponemos, con cautela, términos congruentes sin adelantar ninguna conclusión definitiva totalizadora, ni la del racionalismo crítico de Wolf, ni las variantes positivistas acontecidas en el siglo XIX, ni la renovaciones promotoras de un Schadewaldt, por ejemplo.

El contexto transcripto y/o fijado en la época de Pisístrato, o antes tal vez, no modifica en nada la cuestión que aquí planteo sobre el "logos de Homero", retomando las consideraciones de Wolf. Salvo que tal contexto –y en general la tradición helenística y sus reasunciones por la filología fixista y analítica– comportan desde luego lo que el buen filólogo debe intuir por el oído, para recuperar el *logos prophorikós* del aedo griego, y con ello el *logos* de la entera cultura helénica. Asimismo, planteo la recuperación *semántica* de la imagen, la figura e incluso el gesto convergente en los giros de una espiral, plástico *diseño* de la intrínseca *diacronía* auditiva; o la *integración* de un friso, un *espacio* incluyente, como correspondencia sincrónica, matizada, móvil y mutante, cual pliegues insólitos constantemente recompuestos por el viento.

Puedo elegir como ejemplo, en las primeras rapsodias de la *Odisea*, la nave y el carro, la convergencia de Palas y los hombres, las figuras de Telémaco y Menelao, el banquete coronado del diálogo misterioso, un susurro en medio de la vorágine; memoria, pero también visión de lo inminente, innovante, mythico, recóndito aun en el acontecer de los humanos. El *logos* de Homero es así ceñido y abierto en ritmos contrapuestos y develantes, por unión y despliegue, por concentración y expansión cósmico-lingüística. El régimen comparatista newtoniano de F. Bopp y el contrario rítmico, musical de Friedrich Schlegel, están en los orígenes de las profundas remociones filológicas del s. XIX y primeros años del siglo XX. Ahora nos encontramos en la tormenta sorda de una crisis, cuyo *déroulement* no se ve con claridad. Pero el cansancio pedagógico podría afectar las más delicadas cuerdas de la *experientia litterarum* y permitir, por un nuevo desborde racionalista, la abolición de la Tradición Clásica.

IV

El reino de la Musa hesiódico-pindárica es rítmico como esencia del *logos prophorikós*, como patencia semántica transfiguradora, sin lo cual no podría existir aquel ritmo y reino. Nada arreglan las toneladas de piedras, de papiros insignes y difíciles, restos insepultos del reino otrora sonoro, luminoso, gestual, convergente-divergente, como dije. El *logos* de Homero, oscuro para Wolf, ocupa la franja de los orígenes lingüísticos, quiero decir, la intrínseca potencia griega de poetizar, sacralizar y transferir la *physis* y los *acta et facta* humanos al delicado espacio espiritual del lenguaje. Lo que Toynbee, en otro parámetro, fraseo y recepción, llama "eterealizar" cúmplese primero en el *logos* homérico del ritmo aquí destacado. Es esto lo que suelo llamar, con otra referencia, la "beatitud" hyperbórea entre los hombres, que reactualizan la *prisca gens mortalium*, o *ton protéron andrón*, como dicen Píndaro y Horacio. El ritmo, primer constitutivo de aquel poetizar, no caduca aunque se desperdigue la memoria de la partitura, quiero decir, del texto, que por otro detalle debemos suponer siempre inconclusa, más bien sugerida a la memoria del audiente. Para nuestro empeño reconstructivo, regenerativo y recapitulatorio, la *redintegratio ab origine* es un estímulo intuitivo que nos reconduce, desde el fraseo, la figura y la semántica, a la patencia esquiva del *holon* rítmico, tal como, por otros argumentos más sólidos, es verdad, pretende V. Bérard, entre otros. En Homero, sin embargo parece predominar, como vía de recepción y proferición, la díada suscitante, homogénea, pero en tensión azarosa, ostensible, a mi ver, en la composición lingüística propiamente dicha (Penélope, Telémaco; Kalypso, Odiseo). Naturalmente nuestra lectura desglosa impensadamente "ritmo" y "figura". Y es ésta la primera dificultad para concebir en el helenismo hodierno la unidad rítmica en el *logos* de Homero, que consiste para nosotros en una mera fluencia del "decir", mientras que la *melopea* es reino del canto[5]. Pero este sutil trasiego es ya patencia semántica, en cuanto el ritmo desentraña el oculto contenido del signo. Y hasta aquí podemos llegar en nuestra discriminación, pues el resto es inabordable para la *ratio speciesque naturae*, para recordar un horizonte lucreciano.

Al ritmo pertenecen cadencias y silencios. Las cadencias homéricas a su vez no son cesuras fijables, cesuras métricas, y los silencios son por sus

5 Cf. W. F. Otto. *Die Musen und die gottliche Ursprung des Singens und Sangens*. Eugen Diederichs Verlag, 1955, 88 págs. Para una confrontación entre la semántica desentrañada por W. Otto y el positivismo clásico, cf. P. Décharme, *Les Muses*, Paris, 1869, 108 páginas. Importante análisis de todas maneras. Fue un gran helenista injustamente olvidado.

evanescencias simplemente inidentificables para nosotros. Pertenecen asimismo al ritmo la fluencia vocálica, como una onda marina, que nuestro oído, al menos americano, difícilmente pueda percibir; el sutil contraste aliterativo; pero todo ello, en la totalidad rítmica del hexámetro, existe como oculto parámetro del lenguaje; pertenece, desde luego, la secuencia de los acentos tonales (en el antiguo sentido del término), incorporados al signo lingüístico, cual delicados recursos de convergencia, disyunción evocadora, complexión holística inesperada. Así transcurre una onda rítmica, bastante compleja, que reasegura y exalta la resonancia y complexión sonoras del griego. Aquí rescatamos diferencias dialectales del oído, que Homero dispone en la manifestación de su *logos*. Sin otra exigencia que la urdimbre inaprensible de memoria, lengua e imagen.

¿Podemos establecer acaso, según tales pautas, subsistencias, esplendencias y penumbras entramadas como la fronda y la sombra en la *physis*? ¿Como el curso del agua y el rumor contra la roca quieta y el cielo inalterable? Muy difícil contestar estas preguntas, aunque el oído del helenista no debe cerrarse a la inquietud originaria que las provoca. Creo que este oído ha funcionado en Wolf, frente a la dura sonancia y cadencia de su latín exangüe y al ritmo germánico que se afirma con increíble finura, en el período goethiano. No me resulta clara esta cuestión, ni esta resonancia que intuyo existe como pasión del investigador y erudito. Y serían, Wolf y sus *Prolegomena*, un principio de *anábasis* filológica culminante en el siglo XX. Esa anábasis ha cesado, y la filología griega ha disminuido y deprimido su inteligencia sutil del griego mismo, es decir, de Homero y su *logos*. Pues la semántica griega vigente en el rapsodo carece de incorporación a ese renovado mysterio del *logos* como *sinn* o *sensus apokatastásico* en la tarea académica, en la crisis hodierna entre las ruinas redescubiertas por *Hipéryon* (Hölderlin, contemporáneo de Wolf). ¿Qué pueden saber de Homero entonces los analistas posteriores a Bérard, Nestle y Schadewaldt?.

Aquella semántica que evoco muy sucintamente desentraña por el ritmo el constitutivo profundo y denso del signo; interfiere con sutil consonancia de lumbre lingüística, y resultan culminantes en tal ritmo la articulación y coyuntura entre *verbum* (es decir, *epos*) y *res* (es decir, *physis*). Nuevas nupcias entre el *son* significante (*sensus* sonoro) y *lumen*, trocada en reino del canto rapsódico, propiamente dicho. Éste no recapitula; innova en nuevos compases; es redintegrativo, *apokatastásico*, como el sol de cada aurora por oscuro que parezca el mundo; repite según tesitura del fraseo, mayor o menor; alimenta la memoria, y con ella la cíclica recurrencia de la *prisca gens mortalium*, los héroes, los dioses, las profundidades anímicas y existenciales de un hombre y una cultura "más próximos al *eón* de los divinos".

Es éste, pues, el *logos* de Homero, transcripto en esta tabulatura racional del ritmo, aunque debemos acotar que por trámite de esa tabulatura trócase el ritmo, el concreto signo según experiencia del oyente, en *sacramentum numinis*, para que los audientes convivan, sin fisuras, por el son semántico audible, la esencia divino-humana de los *aéi eóntes*. Ésta parece definir el espacio del hexámetro parmenídeo, consagrado al *emmenai* incircunscripto, *atéleston*, *agéneton*. Comprendemos entonces el entrañamiento de ritmo, semántica y onticidad; comprendemos también el reposo griego en la *hierophanía* del Uno, su atento oído a lo múltiple que debe construir a cada hombre como un fraseo de hexámetro dactílico. Para escándalo del reduccionismo analítico hodierno, postulamos una *anthropogonía* en el ritmo, a cuya residencia destínase la entidad compartida con el otro. Pues la alteridad no podría desligarse, es posesión del ritmo *enharmónico* en sentido heraclítico, aunque el efesio haya debido cancelar la *isocronía* originaria, extraña a su *logos* ígneo. En cambio, el *logos* de Homero se realiza para el oído en la sacra unidad de "dioses y hombres" (Píndaro). Ésta sería una "celebración mystérica" abierta, que erige a Homero como iniciador de todos los mysterios, por el ritmo develante, pero también como hacedor de una penumbra en el seno de lumbre, rescatada para el impulso auditivo y profirente de cada fraseo.

Así comprendemos la cultura griega originaria, su *diakósmesis* divino-humana en coros, poemas, imágenes, templos, mármoles perfilados que confundieron por estática esplendencia a los hombres del siglo XVIII, y siguen confundiendo aún a nuestros hermeneutas, como si fuera posible un cincel al margen del ritmo dactílico. No de la mano el cincel y su *operatio katastásica*, sino del *logos* semántico-rítmico el cincel en la mano operosa gobernada por el oído.

La esencia del *logos* homérico es pues el *ritmo* indeficiente; el *silencio* transphysico y la *lumbre* physica y sonora; el *signo*, densificado y absoluto, presente en el ritmo articulado; en fin, la semántica configuradora de perfiles mayores y menores, como sistemas incluidos en incluyentes *holísticos*.

Estas condiciones desglosadas por un empeño descriptivo se integran en la fluencia de *epos* + *lumbre* + *logos prophorikós* como esencia de la manifestación lingüística que adopta en el ritmo, precisamente, articulaciones generativas, como las de *corpora prima*, sonoras y significantes. Pero la *variatio* no tiene cota determinada, es *ápeiron*, cuyos constitutivos se concentran, disgregan y rehacen en configuraciones insólitas, dotadas siempre de una densidad originaria. Ella abre, por cierto, una fluencia también originaria, de la que pende el *mythos*, proferido por Homero, fuente de la

estirpe griega como *cultura animi*. Aquí se inserta desde luego un "pensar" y un "sentir", que no conceden nada que no sea *starkes* en el *Dasein*. Por eso la muerte de Patroclo, de Héctor y de Ayax. Por eso la etérea levedad de Príamo que trasiega y soporta ¡tanta muerte! ¿Cuál es el camino entre las dos riberas? Cabe preguntarse lyricamente lo mismo que Rilke, en la primera estrofa de la IX Elegía (*Duinser Elegien*).

Finalmente el ritmo identifica el *continuum* semántico y su inhabitación en *lumen + sonus*; o, a la inversa, la semántica sonora y luminosa inviste de alguna manera el *continuum* metafísico en el *discontinuum* temporal, forzosamente ritmado según pausas y silencios, cada vez desglosados del *kairós* connatural al *epos* fluyente, cada vez más tornados a ser discrimen *apokatástasico* y redintegrativo. Esta condición del *logos* de Homero, la *enérgeia* inasible y evanescente, seña auditiva y/o inteligible, más allá del son, supone desde luego una propiedad de la "Palabra", realizada en el griego originario por residencia del ritmo originario. Ésta sería pues la solidaridad metafísica entre el griego de Homero y la esencia del la Palabra absoluta, la incardinación de su cuerpo sonoro-semántico en la *enérgeia theándrica* absoluta, cuyos rasgos perfila, en otros horizontes, Dionisio Areopagita.

V

El ritmo sin embargo, esencia del *logos* homérico, define dos movimientos connaturales al *mythos* semántico, expandido por las estirpes griegas, seguramente desde el siglo XV a.C. Definamos el primero como *tropé* (giro) y el segundo como *diathigé* (tacto o contacto). Ambos suponen un horizonte preciso de historificación en las complejas circunstancias del segundo milenio a.C. sobre todo por la confrontación con el Cercano Oriente[6]. Pues las controversias comparatistas aquí también fracasan por los perfiles semánticos del griego, asumidas por el *logos* de Homero, articulación congruente, como una consecuencia de la *physis polygenética* en el acto lingüístico propiamente dicho. Quiero decir que la lengua general de los dialectos griegos –y más aún indoeuropeos– dispone de una *concentración* noético-musical, frente a la expansión postulada por materialistas, positivistas y/o estructuralistas contemporáneos.

Veamos empero los dos movimientos connaturales aducidos en mi interpretación. Lo que llamo *tropé* (giro) es, desde luego, parámetro de la *physis* profunda; por él defínese el griego rapsódico como instancia cons-

6 Cf. mi *Tránsito del Mythos al Logos*. Ed. Hostería Volante, La Plata, 1969, Cap. I y II. Allí se anota una amplia bibliografía, completada en el segundo volumen mencionado en nota 2.

tructiva, en que *natura rerum creatriz, poemata (lilia) facere condiscit*, para rememorar la imagen y sentencia de Plinio el Viejo. De este modo pues, para resumir las escalas aquí desentrañadas, distinguimos:

1) lo que llamo lengua general de los dialectos;
2) el *logos* de Homero en el ritmo rapsódico;
3) los poemas de Homero, concentración hyperbóreo-theándrica en un *kairós* helénico, de difícil instalación para nuestra hermenéutica post-iluminista, positivista, estructuralista.

Ahora bien, el "giro" evocado es ante todo una participación, o al menos una búsqueda, de la convivencia divina. Ello significa concitar la experiencia del banquete y el *agón* hyperbóreos. El "contacto", en cambio, resulta una amistad con los "héroes", con la vida heroica, en cuya constancia Homero recupera una franja de esa existencia, si pensamos en las distinciones trazadas en mi ponencia para el III Encuentro Internacional de Santiago, a propósito de la Búsqueda de Perseo (1992)[7]. En cualquier caso, "giro" y "contacto" reactualizan la misteriosa "presencia" y "ausencia" de los dioses; el rapsodo introducía a sus audientes por la ausencia en la presencia. Y esa ausencia de los dioses ayudaba (*helfen*), como dice Hölderlin, a preservar la fulguración posible y deseable por el pensar y sentir antiguos, griegos, lyricos, mythicos, mystéricos. Por esto mismo desentrañaba el *logos* profundo de la existencia, su destino ambivalente (iluminación, posesión, penumbra, derelicción, *kénosis*, constitutivos de un *kerdos-incrementum* no anulado en el sentimiento de la muerte). "Giro" y "contacto" se resumirían pues en una referencia a los dioses, *aeí eóntes*, y a los héroes, tocados por la amistad de los humanos, y presentes pues en el pensar y sentir de los antiguos. El poeta cumple el trámite de "retroceso", "inmersión", "experiencia" y "retorno". De estas discriminaciones y deslindes, por discutibles que resulten, podríamos deducir la causa profunda que anuda y desanuda, en el relato rapsódico, las figuras intocables de Homero. Y nuevamente aquí, en esta problemática, la *Odisea* nos esplende rítmicamente comprensible contra tanta literatura inútil, acumulada, como dice Norwood a propósito de Píndaro. Pues el movimiento propulsivo está en el corazón de Penélope y/o Kalypso; en el corazón de Telémaco y en su lento crecimiento entre los héroes.

"Ritmo", "giro", "contacto" integran una constelación hyperbórea de la semántica homérica, que incorporó los griegos a una existencia abierta y fecunda, pues el *noéin* vivía de la presencia divina y el sentir denotaba en la *cultura animi* una presencia incontaminada y constante de los "antepasados", de la *antiquitas, quae proxime accedit ad deos*.

7 Cf. *Iter: Búsqueda, aventura y descubrimiento*. pp.61-70

Estos son parámetros diáfanos para el filólogo que desentrañe en los textos "semánticas", "experiencias", "*humanitas*" acontecidas y vivientes; no meras funciones lingüísticas, auxiliares para estructuras críticas, siempre atendibles desde luego, pero inevitablemente infecundas.

Homero vive. La pedagogía clásica reduccionista en cambio ha muerto, y con ella la "tradición" regenerativa de una imagen obsoleta y estéril.

Ésta es la más profunda lección que podemos inducir de F.A. Wolf y sus *Prolegomena* venerables. Replanteada la *quaestio* en términos de "ritmo", es congruente con mi tesis semántica una relectura no "escoliástica", no "fixista", y, en el caso concreto de Homero y sus poemas, una suerte de simbología que emprenda la búsqueda de la *arkhé* hyperbórea, más necesaria y decisiva quizá para América Románica, que para los del Norte y anglosajones. Pues esa experiencia semántica contribuirá a un giro psíquico en los americanos, una limpieza del territorio mental, sobrecargado de parafernalias inútiles, de nominalismo funesto y sobre todo de un reduccionismo que en cuatro siglos ha devastado pueblos y naciones. Es un riesgo, lo sé, pero "en el riesgo crece también lo que salva". Y América necesita una nueva "*cultura animi*", colmada del cielo y de la tierra, y por tanto de la *arkhé*, del *principium*, de la tesitura principial y rítmica. Sin Homero es imposible procurarla.

VI

¿Qué es pues "pensar" y "sentir" en el ritmo hyperbóreo del *logos* homérico, y por ende en la antigüedad griega que de él depende y con él se allana en la historia de los hombres? La contestación es por supuesto aproximada, y no *apodíctica* y racio-analítica, ni corresponde tampoco a un modelo positivista, reiterable como secuencia en una serie inductiva.

Aclaremos en primer lugar que la semántica de los vocablos latino-románicos –pensar/sentir– distiende otro panorama, otro horizonte del espíritu. Sin embargo, no podemos internarnos en la semántica helénica, pues complicaríamos el asunto, ya de suyo intrincado para nuestra hodierna vivencia. Sólo sugiero confrontar "*noéin*" y "pensar" en mis oyentes y/o lectores, para calibrar la vasta y enigmática distancia de dos signos lingüísticos, dos semánticas excluyentes, dos semióticas estructurales de gran repercusión para la visión de la *antiquitas* y su trocamiento en *modernitas*[8]. Pero, en fin, pensar el "*logos* homérico" es instalarse en el

8 Cf. mis artículos en la revista chilena *Ciudad de los Césares*, (Santiago) N°17 (marzo-abril 1991) y N°23 (marzo-abril 1992). La *Antiquitas* es regenerable semánticamente; la *modernitas* es un epifenómeno del ritmo histórico. Vale la acotación también para la filología crítica.

ritmo velante-develante que compone una *anábasis* a la unidad sonora *lumbre-verbum-sensus*, sincrónicos en los oyentes donde acontece el sentir evanescente. Es convivir una experiencia mental constructiva, sin que sufra el contexto de la *physis*. He hablado por eso de experiencia "mystérica" del *sacramentum numinis*, que hace decir a Hölderlin: "éste es el pórtico a la vasta sabiduría de los antiguos". El poeta germánico repite en realidad, aunque en otro contexto, *zu spat*, una fórmula de Píndaro. La regencia divina en la fiesta.

Y en fin ¿qué es "sentir", palabra románica tan cargada de referencias contradictorias y complementarias? Para una y otra, basta recorrer la lyrica de Dante y Petrarca, y, en el otro extremo (s. XVII), la de Quevedo y Francisco de la Torre, para comprender las sutiles acotaciones del alma románica. Es otro espacio que ni Bellerophonte ni Perseo han recorrido.

Pues sentir con Homero es descubrir en el tiempo vivido por los audientes la presencia de los *aeí eóntes*. Ese sentimiento, valga la etimología, anula la fugacidad del *kairós* coyuntural, incorpora la *imagen* o las imágenes pasajeras a un asilo de sacralidad y de congruencia fontal, aquella raíz óntica común al γένος θεῶν y al γένος ἀνδρῶν que dice Píndaro. No olvidemos desde luego la vigencia profirente en la melopea del rapsodo; no olvidemos la incorporación estética por el canto al reino de la Musa. Así comprenderemos que el relato homérico pone en ejercicio por su ritmo una notable densidad del corazón humano, una movilidad del *noéin*. Sus espacios abiertos son como los de Bellerophonte y Perseo, los héroes del *noéin* precisamente en etapas que se trascienden. Para nosotros, sin embargo, lo que expone la hermenéutica afronta el predominio de las fuerzas *katabáticas*, aquerónticas; y comprendo perfectamente que muchos, sobre todo los jóvenes, tiendan a rechazarla, o por lo menos a minimizarla. Así ocurrió con Wolf homerizante hace dos siglos. Así ocurrió con Víctor Bérard y su *Odisea*. Así ocurrió con Norwood y su *Píndaro*.

Así ocurrirá conmigo, desde luego muy modesto y sin ninguna autoridad como la de los que he citado. Pero mi referencia no es personal, sino hallazgo en el espacio de América Románica, que, como he manifestado en numerosos trabajos, deberá asumir la experiencia de la lumbre hyperbórea al margen de todo reduccionismo crítico y/o pedagógico. Entonces, cuando ello ocurra, recordarán mis trabajos en Chile y en Argentina, entrañables constancias de esa América que sueño para la lyrica y la luz. *Non omnis moriar*.